

de la lucha por la eternidad. Todo combatiente leal miraría como incalificable ultraje dudar de tal jefe; en cuanto á él, se promete de cada uno de sus fieles que ejecutará puntualmente toda orden suya aunque hubiera de hacer el sacrificio de la sangre y de la vida. Qué el triunfo de su causa y de la nuestra es seguro, lo esperamos, lo creemos,—¡no! lo sabemos con toda certidumbre.

## CONFERENCIA XX

ECCE AGNUS DEI

1. **Lacoonte imagen del paganismo.**—Á la antigüedad misma, según refiere Plinio, <sup>(1)</sup> pareció ya una maravilla del arte el grupo de Lacoonte, obra maestra del rodio Agesilao y de sus hijos Polydoro y Athenodoro. El juicio de la posteridad está de acuerdo con el de Plinio; en esa creación, llegó á su más alto punto el arte antiguo. Sería una exageración decir que la antigüedad se venció á sí misma en aquella obra; pero la verdad es que en ella nos dejó fielmente su propia imagen.

El dolor que se manifiesta en todos los músculos y tendones, los poderosos esfuerzos de aquel cuerpo noble y vigoroso, la impotencia á que los repliegues espirales cada vez más numerosos de las serpientes le reducen, la vaga mirada que dirige al cielo la víctima, de súplica y desesperación á la vez; todo representa el espíritu, la vida, la historia de la antigüedad.

Mucho tiempo se defendió con heroica fortaleza de los monstruos que la divinidad había enviado contra él, sacerdote desleal, para castigar su desobediencia. Como el toro bravo lanza bramando lejos de sí el hacha con que el sacrificador le hirió ante el altar, así Lacoonte sacudió al principio con fiera arrogancia las flexibles cadenas que le oprimían, lanzando á las estrellas gritos de dolor y de maldición. <sup>(2)</sup> Cuando vió que eran vanos sus esfuerzos, se rindió, protestando, á la suerte inevitable; y entre suspi-

(1) Plinio, *Hist. nat.*, 36, 41 (5), 24.

(2) Virgil., *Aen.*, II, 222-225.

ros medio comprimidos de mortal dolor, profiere apenas con su boca rígida una frase implorando la misericordia del cielo.

Tal le vemos en la antigua estatua. Hay todavía en él un resto de vida; ¿será escuchada aquella súplica de auxilio? No lo sabemos, pero estamos ciertos que el impío, al expiar ahora su desobediencia, no puede reivindicar el derecho de ser escuchado; es innegable que si entonces aparece aún para él un rayo de salvación, no será más que pura gracia inmerecida.

**2. Ruina de la religión por alejarse el hombre de Dios.**—También la humanidad, por su felonía y desobediencia á Dios, se atrajo el destino que la ciñe con sus repliegues de serpiente. El primer paso que el hombre en su orgullo se atrevió á dar fué para separarse de Dios. <sup>(1)</sup> El fin que se proponía y que de nuevo se propone en cada nuevo pecado es poder sentirse emancipado de Dios.

Consiguió ese fin; pero, naturalmente, debió expiar su falta encontrándose extraño y enemigo respecto á Dios, y sujeto á las consecuencias de ese estado. Pero saber que, como castigo, tenía frente á sí el poder y la majestad de un Dios eterno, de quien criminalmente se apartó, era verdaderamente terrible! No podía permanecer en ese estado: al primer paso debía seguir el segundo, pues era intolerable verse enemigo de un Dios omnipotente, infinito, santo, justo, íntegro; por lo que llegó muy pronto á rechazarle por completo y á forjarse caprichosamente otros dioses, con los cuales esperaba encontrarse mejor.

Pero nada castiga mejor al hombre que el seguir las inspiraciones de su orgullo. En vez de un solo Dios ofendido, que en su severidad nunca olvida la caridad y la justicia para con los que creó á imagen suya, el hombre tuvo ya contra sí una muchedumbre de dioses hechos á su imagen y semejanza, ávidos de sangre, inflamados en odio contra el hombre, Kali, Civa, Ahrimán, Moloch... En vez de una Providencia llena de bondad, no conoció

(1) Eccli., X, 14.

más que el ciego azar y el férreo destino, sin afecciones, sin honor, sin justicia. Hasta el jovial espíritu de los griegos, cuya serenidad era, sin embargo, proverbial, se veía oprimido por la siniestra preocupación de dioses llenos de envidia, que se complacían en el maligno goce de hacer mal. <sup>(1)</sup>

Fácilmente se comprende lo que habría de ser la religión bajo la influencia de esas ideas. Para el frívolo griego llegó hasta la fútil *desidemonia*, y aun hasta la burla blasfema contra la divinidad. <sup>(2)</sup> Para los romanos, más serios, se convirtió en sombría superstición, <sup>(3)</sup> es decir, en vago malestar, <sup>(4)</sup> efecto del temor; en un sentimiento de penosa incertidumbre respecto á las intenciones y designios de los seres siniestros que estaban en el otro mundo y podían ser ó adversos ó propicios.

Esto explica los esfuerzos para hacerse favorables, por cuantos medios estuviesen á su alcance, aquellos espíritus malignos que se complacían en dañar, y en los cuales no se podía tener confianza alguna. Así comprendemos cómo Plinio pudo decir que todo el mundo antiguo se entregó á la magia, aun siendo evidente el engaño de aquella farsa. <sup>(5)</sup>

La primera, más sana y más natural manifestación de la razón humana—que eso es la religión,— se convirtió por el influjo de esas ideas, como dice con razón Plutarco en un estado de ánimo enfermizo y febril. <sup>(6)</sup> Lo que en otro tiempo había elevado al hombre, por encima de la tierra y de sí mismo, en los dominios del más sublime ideal, la fe en un ser supremo fué ya en lo sucesivo, como sucede siempre al pecador que no quiere convertirse, opresión de ánimo que amenazaba aniquilarle, según dice el mismo escritor. <sup>(7)</sup>

(1) Plutarco, *De superstit.*, 2.

(2) Petron., 137.

(3) Cicerón, *Inv.*, 2, 54.

(4) Teosfrast., *Charact.*, 16.

(5) Plinio, 30, 1, 1.

(6) Plutarco, *De superstit.*, 1.

(7) Plutarco, *l. c.*, 2.

Los efectos de tal aberración no podían menos de ser en grado sumo tristes. Casi todas las demás pasiones llegan á ser un estímulo que excita el alma á ejercitar sus fuerzas, piedra que aguza al espíritu; pero un miedo excesivo é injustificado aplana el ánimo y las energías del hombre. <sup>(1)</sup> Como los griegos dijeron ya, lo que los hombres habían hecho de la religión era una confusión, un embarazo para el espíritu que paralizaba su inteligencia, turbaba su reposo y encadenaba sus fuerzas. <sup>(2)</sup> Son las palabras mismas de uno de los griegos más eruditos, entusiasta admirador de la antigüedad. Al decir las, ¿tenía Plutarco ante sus ojos la estatua de Laocoonte? Como favorito de Trajano y de Adriano, seguramente no le era difícil tener acceso al palacio de Tito, en que estaba aquélla. Casi estamos para creer que escribió aquel juicio de la religión pagana en presencia del sacerdote de los ídolos que el mármol representaba en desesperada lucha con la muerte.

**3. Decadencia de las costumbres como consecuencia de los dioses inventados por los hombres.**— Pero el miedo que tales dioses inspiraban no era, ni con mucho, lo peor. <sup>(3)</sup> Ese miedo enervaba y oprimía; pero el ejemplo de los dioses, las pasiones que el hombre les atribuía, degradaban á quien los honraba, haciéndole inferior al animal.

Lo que se dice de los dioses en cuanto á perfidia, rivalidades y odios de los unos contra los otros, excede todos los límites de la impertinencia, dice Plinio: hasta hay divinidades que conceden especial protección al robo y á vulgares crímenes. <sup>(4)</sup> No se sabe lo que sería mejor para la humanidad, si no creer en divinidad ninguna, ó creer en dioses de los cuales hay que avengonzarse, <sup>(5)</sup> pues, como dice Séneca: <sup>(6)</sup> ¿no es inflamar nuestras malas pasiones el atribuir las á los dioses?

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 44, a. 3, 4.

(2) Plutarco, *l. c.*, 3.

(3) Plutarco, *De superstít.*, 2; Lucrec., I, 63 y sig.

(4) Plinio, *Hist. nat.*, 2, 5 (7), 4.—(5) *Ibid.*, 2, 5 (7), 6.

(6) Séneca, *De brevít. vite*, 16, 5.

Naturalmente ocurrió que la creencia en tales divinidades hizo perder a los hombres toda vergüenza del pecado: <sup>(1)</sup> así, la virtud debía aparecer como imposible y los esfuerzos para alcanzarla, insensatos. El vicio mismo debía parecer virtud, y el único medio de semejarse á la divinidad y de hacérsela propicia.

Verdad es que los filósofos luchaban con laudable valor contra esa corrupción. Los tres filósofos más insignes de Grecia, Sócrates, Platón y Aristóteles, <sup>(2)</sup> reclamaron que se expulsara del país, ó severamente se castigara, á los poetas, los artistas y los actores que divulgaran en el pueblo tales ejemplos de malicia; pero no fueron eficaces sus palabras: el ejemplo y la seducción tienen una fuerza sobrehumana, en tal grado que apenas basta el poder divino para impedir los efectos de su acción destructora.

Pero los vicios que los dioses mismos practicaban se unían al seductor poder del pecado. ¿Cómo entonces no habría de sucumbir la humanidad? Los mismos filósofos que se le oponían con palabras eran víctimas á su vez de aquel poder avasallador. El sabio Sócrates, el docto Aristóteles, el rígido moralista Catón, no fueron más capaces de resistir al ejemplo, que cualquier joven frívolo de Atenas ó de Roma. Miraban como inevitables consecuencias de la debilidad humana lo que nosotros no podemos considerar más que como últimos extravíos de una vida depravada. Ni la sabiduría ni el rigor podían salvarlos de sus lazos: su inteligencia y su naturaleza buena se revelaban un momento, pero pronto sucumbían, tal vez con disgusto al principio, pero besando al fin las cadenas que los oprimían.

**4. Decadencia de la vida pública como consecuencia necesaria del Humanismo.**— Pero los hombres que no creen en ninguna divinidad, aunque por efecto de una índole natural menos mala no hagan precisamente el mal, son por su misma incredulidad, como Platón dice, causa,

(1) Séneca, *De vita beata*, 26, 6.

(2) S. Agustín, *Civ. Dei*, 2, 7,

no sólo de su propia ruina, sino de la del bien público. Y es peor aún, añade, el que esos hombres no se contenten con pensar como incrédulos, sino que, además, su incredulidad los anima á practicar el mal, y por lo tanto, á dar públicamente mal ejemplo. <sup>(1)</sup> ¿Qué pensar entonces de la perniciosa influencia de aquellos que creen en dioses tales como enseñaba el paganismo? Esos hombres deben considerar casi como un honor el imitar á sus criminales modelos y dar á sus malas acciones derecho de ciudadanía en la tierra. No sería posible imaginar una peste más contagiosa para las buenas costumbres, una escuela más favorable á la general corrupción que la antigua idolatría.

Cuando se llega al punto de que la religión pública se convierte en semillero de vicios públicos, entonces son disipados todos los bienes intelectuales y morales que embellecen y dan valor á la vida y se socavan los fundamentos del orden público; porque toda sociedad ha de basarse en la religión, en las justas leyes y en las buenas costumbres. <sup>(2)</sup> Sin ellas, como dicen Platón y Polibio, ningún Estado podría existir, ni florecer la vida pública.

Como es natural, el mundo moderno contradice esa conclusión. Aunque para la vida privada admite la necesidad de la religión y la unión de la religión y la moral, niega categóricamente las dos cosas cuando se trata de la vida pública, siendo precisamente el Estado antiguo el que se aduce como prueba de que puede faltar la fe y, sin embargo, prosperar la vida pública; porque, como todo lo que produjo la antigüedad, su vida política es considerada como la más alta conquista de la civilización humana, como la flor de la verdadera humanidad.

No es ciertamente ese el testimonio de la historia, <sup>(3)</sup> y por lo tanto, según las consideraciones que acabamos de hacer, es indispensable decir que no fué el acaso, sino la

(1) Platón, *Leges*, 10, 15, p. 908, c.

(2) Platón, *Leg.*, 10, 13, p. 905, d. y sig.; 16, 909, d. y sig. Polib., 6, 47, 1, 9, 56, 8-12.

(3) *Vol. I, Conf. XI*, 10.

necesidad, lo que hizo víctimas de tan lastimosa degeneración á los Estados de Atenas, Esparta y Roma fundados á costa de tantos sacrificios, de tanto heroísmo y de tantos esfuerzos intelectuales.

Habría sido ya un mal el que, según ordinariamente se dice, las religiones antiguas no hubiesen tenido un fondo moral, ni predicado ideas morales; en tal caso, habrían sido inútiles para la vida; pero, por el contrario, es lo cierto que despojaron al hombre de todo valor y de todo apoyo moral, insinuando las más inmorales ideas, y contribuyendo, autorizadas por el ejemplo de los dioses, á que se practicasen, sin empacho alguno, los más vergonzosos apetitos del corazón. Así era natural que degenerasen los pueblos y se corrompieran sus más distinguidas creaciones.

Por eso fué inevitable que, como consecuencia de los vicios públicos, se convirtiese el Estado romano en un desierto más vasto cada día, <sup>(1)</sup> aunque se inventaban remedios artificiales, <sup>(2)</sup> se obligaba con sanción penal á contraer matrimonio, y se hacía que hombres llegados de los más lejanos países se establecieran en el corazón del Imperio. Las cosas llegaron á tal punto, que la sangre de loba, con que, en vez de la materna, había llenado sus venas el romano, dió á todo el pueblo un carácter de atroz salvajismo, como lo prueban las guerras civiles y la época imperial. Ni podía dejar de ocurrir que el griego, educado junto á los altares de sus dioses sensuales, voluptuosos, astutos, acabara por ser el resumen de todos los vicios <sup>(3)</sup> y se hiciera proverbial su nombre para expresar las bajas más despreciables. <sup>(4)</sup> El torrente de la corrupción se henchía y arrastraba aun á los más recalitrantes; fueron inútiles todas las tentativas para contenerlo.

Fácilmente se puede comprender el dolor que debió

(1) Polib., 37, 4. Horac., *Ep.*, 2, 2, 81. Séneca, *Tranq.*, 2, 13. Pausanias' 10, 4, 1; 32, 10; 8, 33. Mommsen, *Röm. Gesch.*, (6) III, 530 y sig.

(2) Tácito, *Annal.*, 14, 27.

(3) Plinio, *Hist. nat.*, 15, 5 (4): Græci vitiorum omnium genitores.

(4) Cicerón, *De orat.*, 1, 22, 102. *Pro Flacco*, 4. Juv. 3, 76-78. Tácito, *De orat.*, 3. Lucian., *De mercede conductis*, 17, 40.

oprimir el corazón de los antiguos á la vista de esos hechos, pues la vida pública era el único bien que conocían, el único que á sus ojos daba algún valor á la existencia; de ahí su odio á los hombres ó la amarga ironía con que trataban de desahogar su corazón angustiado. Se hicieron de moda el suicidio, los asesinatos en masa, los homicidios cometidos por pura afición á lo horrible ó por exigencias de una sobrecitación morbosa; la humanidad se había hecho espantosamente insensible, y la vida había perdido su valor.

**5. Grandiosos esfuerzos que hizo el paganismo para salvarse.**—Pero cuanto menos satisfacción producía el mundo, tanto más se echaba amargamente de menos la vida interior; por eso el hombre, en desacuerdo consigo mismo se refugiaba en lo exterior para huir de la intolerable ruina que sentía dentro de sí. Que las cosas exteriores le rechacen también, y será entonces devuelto á sí mismo con mayor fuerza.

Muy mal conocen la antigüedad los que juzgan que en aquella época se entregaban los hombres tranquilamente al vicio, sin remordimientos de conciencia; pues si bien la naturaleza humana quedó profundamente resentida por el pecado, no puede ser jamás enteramente destruída la bondad innata en ella. Á través de todas las atrocidades y abominaciones que señalan el paso del paganismo, se percibe un soplo de hastío y de profunda melancolía. Nadie que rectamente juzgue puede negar que los paganos sentían inmenso dolor por un bien perdido, desconocido ya, ni que hayan empeñado gigantesca lucha para llegar á un estado mejor; si agravan su responsabilidad entregándose de nuevo á los antiguos pecados para aturdir su conciencia, <sup>(3)</sup> eso mismo prueba que no perdieron nunca del todo la capacidad de ser salvados.

Ahí tuvo origen la parte más enigmática de la religión antigua; nos referimos á los misterios. Podrá pensarse lo

(1) Livio, 39, 9. Ovid., *Met.*, X, 434. Tibull., 1, 3, 26; 2, 1, 11 y sig. Wachsmuth, *Hellen. Alterthumskunde*, (1) II, 2, 237.

que se quiera respecto á su significación, pero generalmente se admite que nacieron de la necesidad de purificación y de prácticas expiatorias, debiendo á estos sentimientos su tenaz vida y sus numerosos partidarios.

Pero el horror sagrado que inspiraban los misterios pareció á la humanidad un medio demasiado fácil para que pudiera satisfacer su sed de penitencia. Se reconocía culpable; sabía que sólo por la penitencia podía ser destruída la culpa; sabía que la penitencia debe ser un trabajo penoso y amargo, si ha de tener valor y eficacia; y como no había nadie para decirle que la divinidad ofendida estaba ya satisfecha y la penitencia aceptada, inventaba sin cesar nuevas expiaciones.

De ahí proceden los ayunos y las abstinencias que en mayor ó menor grado formaban parte de cada sacrificio; de ahí la constante mortificación de los pitagóricos, las prácticas penitenciales de los indios, cuyo relato hace erizar los cabellos, las flagelaciones de los espartanos, las bañas sudatorias de los indios de América, <sup>(1)</sup> el precipitarse de una roca en voluntario sacrificio, <sup>(2)</sup> el darse la muerte anegándose ó á fuego lento. <sup>(3)</sup> Y como si todo eso no hubiese herido el corazón bastante á fondo y desgarrado las entrañas, aun llevaban á sus primogénitos ante los altares para que los inmolasen la cuchilla de los sacrificadores, ó por sí mismos colocaban á sus unigénitos entre los brazos incandescentes de sus ídolos, enrojecidos por el fuego, esforzándose en aparecer sonrientes al consumir aquel sacrificio tan horrible. Lacoonte está demasiado ocupado en su propia miseria: ¿qué le importan sus hijos si logra salvar su propia vida? Así el pagano tampoco se inquieta

(1) Catlin, *Manners and customs of the North American Indians*, I, 97 y sig. Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 235. Waitz, *Anthropologie der Naturvoelker*, III, 118, 206, 217, 384; IV, 129, 152 y sig., 363.

(2) Ritter, *Erdkunde*, IV, 2, 595 y sig.

(3) Strabón, 15, 1, 65, 68. Plinio, *Hist. nat.*, 6, 22 (19), 2. Curcio, 8, 9. Bohlen, *Das alte Indien*, I, 278 y sig., 286 y sig. Külb, *Gesch. des Missionsreisen*, III, 126 y sig., 173 y sig. Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 362 y siguientes.